

LA LUNITA EN EL MORISCO

Lunita era una muchacha del color de la aceituna que lavaba y remendaba las ropas de los presos del Penal del Puerto de Santa María. Vivía en la Saucedá, un lugar en los confines entre las provincias de Cádiz y Málaga, el más emblemático en la historia de la libertad humana. No tendría más de quince años y era muy trabajadora y hacendosa.

A su cargo estaban dos hermanillos más pequeños y una madre muy enferma. Lunita lo hacía todo: lavar en el río la ropa de la familia, milagrear la comida de casi cada día, cuidar de los suyos y tratar de calentar el pequeño y destartalado morisco donde vivían, esto amén de su trabajo pobremente remunerado de lavar y remendar la ropa de los presos.

Nunca se iba a la cama antes de la hora de lobos ni se levantaba después del alba. Excepto los sábados en los que iba a lomos de una mulilla hasta la Estación de Jimena con su fardo de ropa limpia y remendada que intercambiaba con el nuevo de ropa sucia y descompuesta que le entregaba el maquinista del tren de las nueve y diez, junto con un sobre oficial que contenía su triste paga de la semana anterior.

Ninguno de ellos falló nunca. Ni el maquinista ni ella ni el destartalado mercancías el cual, aunque nunca faltó tampoco a la cita, si que solía aparecer con algún retraso.

Lunita era bella como la primavera de su tierra pero ella no lo sabía. Su madre María apenas podía levantarse de la cama siempre amenazada de que el asma la asfixiase. Era una mujer buena y resignada a los efectos devastadores que habían producido en sus pulmones los madrugones del descorche.

Después de perder a su marido a los cinco años de casada, sacó adelante a sus tres pequeños uniéndose a las partidas de los hombres que iban a desnudar los alcornoques.

Su hermana Jacinta cuidó de los pequeños en su ausencia. Fue así hasta que la enfermedad la confinó a ella en el morisco y a Jacinta ya para siempre en el recuerdo.

Tuvieron que vivir casi tres años de los milagros del diminuto huertecillo y la ayuda de las buenas gentes de la Saucedá. Cuando Lunita cumplió los trece años y encontró su labor para el penal, ya ella se encargó de casi todo.

Ambrosio era el mayor de sus hermanos. Serio y muy amigo de la extraordinaria flora y fauna del lugar, trataba de ayudar a su hermana y pronto se convirtió en uno más en las partidas del descorche. De vuelta de las fantasmagóricas semanas en las que se empleaba de esclavo alimentado de pan y tocino por aquellos hermosos montes, se encargaba de encender los braseros y cuidar de la mulilla.

Pero la mayor parte del tiempo lo empleaba en sacarle partido al diminuto huertecillo que tenían al lado del morisco y buscar todo tipo de plantas comestibles en los canutos y desmontes. A sus trece años, ya conocía toda la flora del lugar y sabía distinguir sus virtudes alimenticias, en especial las de las innumerables variedades de tagarninas, setas y tubérculos.

Al tiempo de esta historia, Tomás ya había cumplido los once años. Era menudo y guapo el benjamín de la María. Un soñador de lejanas islas tropicales y ecuaciones de las que le habían contado maravillas en los breves descansos del descorche a los que se había unido ya en algunas ocasiones pese a la oposición de su madre.

Se andaba casi todo el tiempo tratando de descifrar lo que decían unos libros de cuentos que tenían desde los tiempos en los que vivía su padre. Como nadie le había enseñado a leer ni ninguno de su familia lo podía hacer, Tomás se inventó increíbles asociaciones entre las palabras y los hermosos dibujos de los libros, que constituyeron en realidad un nuevo método de auto enseñanza que le condujo ya por aquella época a entender con seguridad casi todo el contenido de los cuentos.

Y es que aquél niño era un genio que soñaba con el calor y la armonía de las fórmulas matemáticas. Un genio al que habrían de frustrar la necesidad, los señoritos y la definitiva lejanía de las escuelas.

Fue el caso que de su viaje a Jimena del sábado trece de Octubre del decimoséptimo año del siglo trajo Lunita como siempre algunas monedas salvadoras y un hato con las ropas de los presos del penal del Puerto. Ya de vuelta en la Saucedá, sin detenerse por los extraños reflejos del sol de aquél día milagroso, siguió la muchacha la habitual rutina de abrir el hato y reconocer y clasificar las prendas cuya limpieza y reparación le encomendaban.

A primera vista la labor de esa semana iba a reportarles casi un duro de recompensa. Esto la puso contenta. Podrían comprar medicinas para mantener a la madre durante más de un mes y también aceite y los pañuelos que tanta falta le harían para el invierno.

Antes de nada, Lunita se puso a cocer las dos hogazas de pan de la semana en el horno de la pared de piedra que daba a la gran higuera del patio. Luego volvió a las prendas. Una de ellas era una camisa muy estrecha que tenía manchas de sangre. Se estremeció la muchacha al imaginar la tristeza, privaciones y penalidades de los presos en el recinto penitenciario; y tarareó la coplilla que ya por entonces andaba de boca en boca sobre el penal del Puerto, mientras le recorría un estremecimiento por la espalda y se le encogía el corazón. Pero a pesar de hacerle llorar, no fue esa camisa lo que más impresionó a la muchacha.

Lo que inquietó más a Lunita fueron unos pantalones de color rojo como de capitán del antiguo ejército de España, rotos por el pernil izquierdo. Tampoco en sí eran para Lunita novedad los pantalones por su deterioro o naturaleza sino por el fuerte olor a pinsapo que despedían. Todos en la Saucedá sabían que el pinsapo sólo podía encontrarse en los altos de su aldea. ¿Sería el capitán dueño de aquellos pantalones originario de aquellas tierras? ¿Por qué estaría penando en el Puerto?

Su asombro llegó al máximo al descubrir en un bolsillo del pantalón una hoja de papel duro, como antiguo, doblado en cuatro pliegues. Al desdoblarlo apareció un escrito que parecía ser una carta. Ella no sabía leer y fue entonces cuando se dio cuenta de lo imprescindible que la lectura y escritura eran en aquél mundo áspero en el que vivían.

Aquél día la familia sólo comió de un pedazo de tocino pues Lunita estaba tan nerviosa que literalmente no pudo preparar ninguna comida más elaborada. Añadieron algún trozo de queso de cabra y fruta del huertecillo. No sabía como resolver sus inquietudes ni quiso revelarlas a su familia.

Tres días estuvo en ese estado. Su madre empezó a preocuparse a la hora de comer del segundo. Nunca antes se había comportado así su hija la cual amaba, a ella le constaba, profundamente a su madre y hermanos. ¿Qué le podía estar pasando? ¿Se habría enamorado?

Si. Eso debía ser. Era natural y tenía que haberlo esperado. En la Saucedá vivían unos mil vecinos. Había jóvenes bellos como bandoleros y muchachos moriscos de mirada oscura y profunda. No faltaba tampoco la cultura de la sangre de gitanillos que llenaban los ocasos de tristísimas tonadas y músicas ancestrales. ¿De cual de ellos se habría enamorado Lunita?

Al acostarse la tercera noche, de nuevo Lunita se puso a escudriñar con toda atención la carta a la luz de un quinqué. No se dio cuenta de que Tomás se asomaba por su espalda. Se asustó cuando lo oyó decir: “¡Es una carta muy extraña!”. “¿Qué dices niño? ¿Cómo puedes saberlo si tú no sabes leer?”

Tomás sonrió aliviado y miró con cariño a su hermana. Él había estado también preocupado por ella. Ahora había descubierto la razón del comportamiento huraño de Lunita durante los últimos días y supo que no había razón para temores.

Enseguida le dijo: “Como tengo mucho tiempo he podido aprender a leer y casi a escribir fijándome con ahínco en los dibujos de los cuentos de padre.” Lunita abrió mucho los ojos casi sin creerse lo que decía su hermano pequeño. “Es algo de alguien que está en “El Saco”. ¿Quieres que te la lea?” La muchacha, todavía incrédula, asintió con la cabeza. Él leyó entonces:

“Carta de Pedro Machuca San Juan al Rey Alfonso de España”

“Yo, Pedro Machuca San Juan, capitán de su majestad, me dirijo a su alteza en mi propio nombre y en de mis ocho compañeros que habitábamos la dehesa conocida como La Saucedá donde nos vimos obligados a desahuciarnos de un mundo que nos imponía un modo de proceder contrario a nuestra naturaleza humana, compartiendo el corazón de estos parajes con gentes sencillas, fieles a las leyes de la Naturaleza, desde que Dios pusiera a los padres de sus padres en aquél mundo virginal de los orígenes del tiempo. El viejo rey Felipe II nos perdonó los actos que cometimos forzados por la injusticia de un mundo que no comprendíamos ni compartíamos. Pero nos vemos ahora atrapados en el Penal del Puerto de Santa María y no comprendemos como nos han privado de nuestra libertad siendo así que hace muchos siglos prescribió nuestra situación desafuero y no puede haber ahora viviente que sea testigo de cargo o descargo de la misma. Quisiéramos que vuestra majestad ratifique lo que vuestro antecesor de Austria ya dictaminó y se nos permita establecernos de nuevo en la dehesa de La Saucedá, único lugar donde los seres se han mantenido virginales y sujetos a las leyes y libertades de la Naturaleza.”

Al menos cinco veces tuvo que leer la carta Tomás instigado por Lunita. Y aunque finalmente se le grabó palabra por palabra en la memoria, ni ella ni su hermano consiguieron entenderla

¿Cómo podía ser que hubiera hombres vivos desde hacía siglos?

Seguramente el que escribió la carta había perdido el juicio. ¿Pero y el olor a pinsapo y la extraña textura del papel?...

Naturalmente, ni Lunita ni Tomás pudieron dormir aquella noche. Le dieron mil vueltas a lo que decía la carta pero la oscuridad de la noche no disipó la del día y la mañana les sorprendió rendidos y más confusos todavía. Decidieron contárselo todo a Ambrosio. Así, al menos, podrían quedarse más tranquilos al compartir su secreto.

Ambrosio trajo al caso una información clave que alimentó el milagro. Resultó que el tal Pedro Machuca, mejor conocido por aquellos pagos como Roque Amador de Mesa, había existido en realidad y que fue perdonado por el rey Felipe allá por los tiempos de

la Armada. Durante los breves descansos en el trabajo del descorche, los más veteranos le habían contado la historia varias veces.

Y era seguro además que aquél olor penetrante era olor a pinsapo y que el papel de la carta debió haber sido hecho en La Sauceda con madera de este árbol hacía muchos años. No había dudas de esto último.

¿Habría fantasmas en el Penal del Puerto?

Ya más calmada, sin embargo, volvió Lunita a su vida cotidiana y su madre se quedó más tranquila. No parecía que su hija estuviera enamorada.

Pero era una calma solo aparente la de los tres hermanos. Durante los días que siguieron se reunían cada noche para hablar de la misteriosa carta cuando su madre ya dormía. Era preciso hacer algo pues los presos del penal tenían absolutamente prohibida cualquier correspondencia.

Y lo hicieron. El sábado veinte de Octubre de 1917 fueron los tres a lomos de la mulilla a la estación de Jimena de la Frontera. Lunita entregó su hato al maquinista y recibió uno nuevo junto con el sobre de los desahogos. Pero esta vez ella y sus hermanillos tomaron el tren y algunas horas después llegaron al Puerto de Santa María. Ambrosio y Tomás se quedaron esperando fuera.

Al director del penal se presentó Lunita sin encomendarse ni a Dios ni al diablo. Le dijo: “Señor director, es preciso que vea al preso llamado Pedro Machuca San Juan”.

Extrañado por su corta edad y admirado de su rara belleza, el director miró de arriba abajo a Lunita y dijo: “¿Es usted familiar del preso? Si no es así no podrá verlo. Las normas lo prohíben taxativamente.”

“No soy familia de él, señor.”-Respondió Lunita. “¿Entonces?”, se extrañó el hombre. “Es que la rotura que tiene el pernil izquierdo de su pantalón se debe a que este le queda pequeño. Debo tomarle medidas para hacerlo más grande. No quiero tener que remendarlo cada semana, señor director.”

El recién nombrado nuevo director del penal, sucesor que fue de una rama de los Machados, era ya un hombre mayor y endurecido pero de buena encarnadura moral y bien nacido. Aquella muchacha tan ingenua y silvestre le hizo recordar tiempos lejanos de su pubertad. Algo así era aquella novia que tuvo, muerta cuando apenas salía a la vida.

Después de cotejarlo con las estrictas normas del penal pero ya francamente de parte de la niña, sonrió abiertamente y le dijo: “Se que siempre cumples muy bien con tu trabajo, así que te permitiré que visites al preso en su celda.”

Y dicho y hecho, el director llamó en seguida a un guardia y le indicó que acompañara a Lunita a la celda de Pedro Machuca.

Cuando el guardia abrió la puerta, un penetrante olor a pinsapo lo invadió todo. Allí, al fondo de la celda estaba el capitán. De espaldas, mirando por el ventanuco enrejado. Alto, fuerte y muy delgado. Se volvió lentamente y su clara mirada envolvió a Lunita a través de los siglos.

Sí. Ahora estaba completamente segura. Era el capitán de los tercios españoles del siglo XVI que había convertido La Saucedá en la única república libertaria de la historia. El guardia salió cerrando la puerta tras sí.

Lo que ocurrió luego en la celda nadie lo sabe de seguro. Es algo que pertenece a la leyenda. Aún así, se cuenta por Sierra Morena que ella se dio mucha prisa. Que embadurnó las rejas con una mezcla exacta del jugo extraído por Ambrosio de las raíces de las plantas terciarias de los canutos del río con ciertos mejunjes de las brujas que guardaba su madre. Que al minuto las rejas habían desaparecido disueltas por el más fuerte ácido de la naturaleza. Que entonces lanzó una escala de cuerda hacia el exterior por la que bajaron enseguida al encuentro de Ambrosio y Tomás. Y que, pocas horas después, llegaron los cuatro a la Saucedá con Pedro Machuca y Lunita a lomos de la mulilla.

Por los mentideros de los penales de la península se dijo que encontraron los cadáveres de Lunita y Pedro Machuca en la celda. El director informó al ministro de Madrid que Lunita había evitado heroicamente la fuga del extraño soldado a costa de su vida. Pero luego se supo que habían enterrado una lechuza y un meloncillo en ataúdes de pino del penal.

Nunca se abrió una investigación sobre el caso. Pero La Saucedá quedó envuelta en un hábito de irrealidad desde entonces, como si nunca hubiera existido la libertad en el mundo o ya no perteneciera a la Tierra.

Ningún extraño pudo entrar en la pradera y se dijo que sus habitantes estaban todos encantados y practicaban la libertad y el respeto a su naturaleza, tal vez por vez primera y última en la historia del mundo.

Cuando todo esto llegó a oídos de los rebeldes fascistas dos décadas después, muy inquietos y temerosos, hicieron desaparecer el poblado y a todos sus habitantes utilizando bombas cobardes desde el cielo y ametralladoras silenciosas y alambradas.

Pero se rumoreó por lo más abrupto de las sierras y con pavor por las salas de banderas de los cuarteles que sus habitantes no fueron pasto de la ira puesto que ninguno de ellos era ya por entonces susceptible a la muerte o la barbarie. Tal cual la idea misma de Libertad.